



Pedro Castro Martínez

Evocación de José Luis Piñeyro

Conocí a José Luis Piñeyro (“Piñeyro” para sus amigos) en nuestros primeros tiempos como estudiantes de la carrera de relaciones internacionales en El Colegio de México, allá por los setentas, en la calle de Guanajuato de la Colonia Roma. Me ganó de inmediato con su gran simpatía y franqueza, muy norteña, y su calidad de hombre bueno y afable. No fue difícil entenderse con él, y conversar en el lenguaje y tono de expresiones regionales que nos eran comunes. Carecíamos de solemnidad y también de dinero, pero compartimos una visión no confesada de que era parte de la aventura que siguió al dejar nuestra tierra natal en busca de algo mejor. Convergimos en la que el Presidente de El Colegio de aquellos años, don Víctor Urquidi, era la mejor escuela superior de América Latina. Cierto o no, su claustro contaba con algunos de los mejores maestros que se pudieran encontrar, entre los que para mí destacaban, por su buen trato y mejor corazón, mis maestros Moisés González Navarro y Mario Ojeda. En el Centro de Estudios Internacionales, sin embargo, se encontraba una mezcla de buenos profesores y otros no tanto; en esta última categoría se encontraban quienes veían al Colegio como un trampolín para sus ambiciones políticas. No fue fácil sobrevivir en el ambiente de aquellos años. Padecimos desde el principio de la carrera un pesado currículum académico, luchando como se podía para mantenernos dentro del programa. No era poco lo que teníamos en contra: una fatigosa carga de trabajo debida a nuestras carencias derivadas de nuestra formación anterior, lo flaco de una beca de donde teníamos que sacar para mantenernos, la hostilidad de algunos déspotas del claustro que esperaban nuestra expulsión por bajo rendimiento, o por lo que fuera. Con todo, les dimos la alegría de concluir la carrera con éxito.

Piñeyro y yo también contábamos con un discreto apoyo de otros maestros. Vale mencionar a nuestro inolvidable José Thiago Cintra, un profesor especialista en Japón, y que nos dejó antes de tiempo, para gran dolor de sus amigos. Afuera de las aulas, Piñeyro simpatizaba con un marxismo a la soviética, con todo y su Stalin, mientras que yo, muy influido por la lectura de Isaac Deutscher, veía en Trotsky la encarnación del correcto socialismo, etc. etc. Llegamos a tener “serias” diferencias sobre la cuestión, tan inútiles como apasionadas. Desde siempre él y yo bromeábamos sobre cualquier cosa que diera ocasión a la carcajada, que nos relajaba durante el tránsito hacia la conclusión de nuestras sufridas carreras. Él tenía muy claro que seguiría una ruta académica, mientras que yo pensaba más bien en empezar a trabajar en el gobierno cuando saliera de la escuela. Él se fue a Italia, y yo me quedé redactando mi tesis, ya sin beca ni apoyo económico alguno, fuera de unos ahorros modestos ganados en mi primer empleo en el sector público.

Cuando Piñeyro presentó su tesis profesional sobre el ejército mexicano tuvo como uno de sus jurados a Jorge Alberto Lozoya, quien estaba en los inicios de una carrera académica que pronto abandonó para servir en la burocracia. Veía a José Luis como un intruso en un tema en el que se consideraba su propiedad exclusiva. Sus ideas conformaban una versión amable de la institución, en contraste con la de Piñeyro, que era crítica. Aquél supuso que por su posición iba a imponerse fácilmente sobre el alumno, a cuyo trabajo atacó con dureza. Pero José Luis ponía su vista en la tesis cada vez que el performance amenazaba llegar a su clímax, y –estratega al fin- se negaba a contestarle, bajando sus ojos como si leyera algo de la tesis. Jugando un juego peligroso ya que otro miembro del jurado fue Manuel Camacho Solís, que también le era hostil, el examinado se crecía al castigo y se hacía dueño de la plaza. En medio de sonoros aplausos, a la postre recibió su acta aprobatoria, y luego nos fuimos a su departamento a cenar, libar y bailar hasta bien entrada la madrugada. Pronto se fue a Roma a estudiar su maestría y quizás actuó como otros en algún spaghetti western, para completar su beca. Si nunca fue así, de cualquier modo yo se lo inventaba, para esos éramos amigos. Ahora me viene a la mente una de sus frases inolvidables: Es mejor ser famous que infamous, a propósito de sus colaboraciones en el periódico El Universal, que le ganaron muchos lectores y adeptos.

Ahora ya no tenemos a Piñeyro. Su pérdida ha causado un vacío en nuestros corazones, los míos y de mi familia, quienes convivimos tanto con él y la suya. Es increíble que una persona de su generosidad y vigor ya no esté con nosotros. Charlé con él cuando su final estaba cerca, y en un gran esfuerzo para hablar, se despidió de mi sin decirlo. Cuando recibí la terrible noticia de su fallecimiento, un mazo invisible golpeó mi nuca, a la medida de mi pena y sorpresa. Desde entonces viene a mi mente con frecuencia, con su risa franca y amable, su mirada de hombre bondadoso, sus explosiones de coraje, y siento un vacío en el alma. Lo recordaré con cariño mientras yo viva, como si nunca se hubiera ido.

Pedro Castro Martínez

Profesor-Investigador del Departamento de Sociología
de la Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco